

Homilía fr. Aldemar Valencia, O.P.

14 de noviembre

Hermanos la pericopa que nos presente el texto de Lucas 18, 35-43, en este día tiene que ver con que la intención del escritor sagrado es dejar constancia de que los doce no entendieron nada de lo que Jesús había revelado acerca de su final. Es el ciego de Jericó que a pesar de su ceguera y de aquellos que le impiden acercarse a Jesús es capaz de captar la identidad del maestro: en comentario de Luis Alonso Schokel nos presenta un gran itinerario cristológico para nuestra experiencia y el encuentro con Jesucristo vivo y verdadero, primero lo reconoce como Mesías (hijo de David), compadécete de mí, luego lo llama Señor: que recobre la vista, finalmente da Gloria a Dios y le sigue. Recobro la vista y le seguía glorificando a Dios.

Hermanos, se plante todo un ideario de vida y de predicación para nosotros los predicadores de este mundo, y recordando las palabras del predicador en la misa de apertura para iniciar este capítulo, ¿nos preguntaba a qué has venido? ¿Pregunta que también comparto con ustedes trayendo a la memoria al monje del cister Bernardo, que incesantemente cuando hablaba y escribía sobre Jesús y la madre santísima, se preguntaba, Bernardo a que has venido a la religión? ¿Por qué has abandonado el siglo? Preguntas que nos hacemos y que debemos interiorizar cada vez más, es la pregunta que en estos días aquí, reflexionamos sobre nuestro estilo de vida: ¿a qué hemos venidos a esta santa provincia? Pedir honores, ¿puestos? Mas bien pedir misericordia. Si el ciego de Jericó escucho que Jesús de Nazaret pasaba y pidió compasión, nosotros también en este capítulo pidamos compasión a Dios, pidamos que se compadezca de nuestra provincia en este tiempo histórico que vivimos y ante la urgencia de la predicación, ya lo han expresado varios maestros de nuestra Orden, hago énfasis de un corto texto de Damián Byrne 1985, en la reflexión sobre la predicación dirigida a la familia dominicana:

“El Primer Mundo tiene problemas graves con que luchar, pero la auto complacencia y una falsa seguridad pueden cegar fácilmente al predicador para que no vea su urgencia. El Evangelio es la Buena Nueva a los pobres. Cuando compartimos nuestra suerte con los pobres y oprimidos nos convertimos en destinatarios de su Evangelio; la predicación nace entonces de un profundo compromiso con el pueblo, un compromiso que inspira una palabra de respuesta a sus necesidades. Nuestra misión es proclamar más frecuentemente la esperanza del Evangelio y predicarlo hasta el límite, incluso cuando nosotros no lo encarnamos completamente. Como Domingo, no somos profetas de perdición o desgracia. Domingo, como Jesús, no anunció malas noticias, sino la Buena Nueva, siendo un profeta de esperanza. Tampoco fue un moralista que amenazase castigos o crease sentimientos de culpa. Él fue -y es- el maestro espiritual que devuelve la esperanza a los que se hallan oprimidos por la pena o por el sentimiento de culpa.

Es la esperanza evangélica bella y realmente iluminada también por Vicente de Couesnongle, en su visita a Bogotá 1979 y consignado en el foro 79 en el libro de biblioteca dominicana “El coraje del futuro”:

¿Qué debería hacer y ser la Orden para garantizar su futuro? Mi perspectiva es pues la de la Orden en el año 1990.

Por esperanza dominicana entiendo yo el deseo de realizar en el mundo de hoy el ideal y la promesa dominicana que hemos abrazado el día de nuestra profesión.

La esperanza dominicana es un proyecto u objetivo concreto que mantiene unidos y estimula los hermanos que se han entregado apasionadamente a ella, y que podría despertar el interés de todos los demás religiosos. Más hemos de reconocer que con demasiada frecuencia en la Orden el individualismo de nuestros religiosos e igualmente el de nuestras comunidades, junto con un espíritu crítico o escéptico, hecha por tierra estos proyectos, si no es que los destruyen. En los tres años últimos he descubierto que la causa profunda de la crisis que experimentan muchos de

nuestros hermanos es la falta de esperanza dominicana. Y estoy convencido que la falta de esperanza pesará aún más sobre nosotros en los años venideros.

La esperanza dominicana, o más precisamente la esperanza apostólica, depende esencialmente de tres factores:

Primero, un conocimiento serio del mundo tal cual es, con su pensamiento y su dinamismo. No se trata de un mundo abstracto, sino del mundo en el que vivimos: aquí en esta provincia, en esta ciudad, en esta región, en este mundo que es un tejido de relaciones con la televisión, la prensa y los problemas económicos o sociales.

El segundo factor lo constituyen nuestras opciones apostólicas. Desde luego que se trata de nuevas-opciones, de fundaciones nuevas y de apostolados nuevos que hay que emprender; pero se trata también de reconsiderar las opciones hechas en el pasado. La planificación del apostolado que piden nuestras Constituciones, incluye no solo lo que podemos hacer sino también lo que por un tiempo largo deberemos aún hacer y lo que estamos haciendo todavía. El futuro de una Provincia está sujeto a sus opciones, y este es uno de los puntos al que más atiendo al final de la visita a una Provincia. ¡El cerrar una casa es mucho más difícil, mil veces más difícil que abrir una nueva! Una casa hecha en su mayoría de religiosos de mi edad no desea afrontar lo que será dentro de diez años ni oír discusiones sobre decisiones que hay que tomar ahora. Y además está también la oposición de los obispos y de los fieles. Esto plantea el problema de la elaboración de nuestros planes. Un plan que viene de arriba (incluso de capítulos, consejos de Provincia o comisiones), sin contar con las expresiones ni las conclusiones de la base ya comunitaria ya individual que llevará el peso de la realización, está sencillamente condenada al fracaso. Este plan está hecho para otros no para mí. Y esto sucede con mucha más frecuencia de lo que puede pensarse.

El tercer factor es dejar los problemas abiertos. En este país, en esta región, en el territorio de mi Provincia ¿qué esperan de la Orden, la Iglesia y el mundo? ¿qué esperan nuestras comunidades de este capítulo? Este sería un continuo interrogante que estimularía nuestro interés y el alcance de nuestra mirada. ¿Hasta qué punto tenemos en la Orden una visión que busque los campos de nuestro apostolado? Santo Domingo vivió durante muchos años en una región bastante limitada del sur de Francia, y en una noche, con ocasión de la dispersión de los hermanos (agosto 15 de 1217), su mirada se hizo universal: París, Bolonia, Roma. ¿Cuántos de nuestros hermanos en la Orden conocen su propio 15 de agosto? ¿Cuántos de ellos permanecen encerrados en el ghetto de su reducido ministerio diario? Y siguen sin plantearse los problemas de la presencia urgente de la Orden en otros campos de actividad. Ellos son los propietarios de lo que hacen y de donde viven.

Que como el ciego del Evangelio de hoy recobremos la vista, glorifiquemos a Dios y sigamos pensando nuestra Provincia para el presente y futuro de las nuevas generaciones.

Amen.